CAPÍTULO V

PANAMÁ: ORO Y MISERIA

Donna no volvió a ver a Mariana después de ese viacrucis. Pasaron los días y tampoco recibía noticias de ella comenzando a preocuparse. Lo primero que se le ocurrió fue buscarla en los campos de concentración que habían improvisado los gringos para presos o personas sospechosas de tener vínculos con el régimen anterior. Para ello habló con la periodista quien no le dio ninguna esperanza. Fue a los hospitales de la capita! pero el esfuerzo fue inútil. Resolvió buscar a un familiar de Tincito de la Flor que había oído decir que la conocía, pero solo pudo darle datos vagos como la posibilidad de que hubiera viajado al interior, pues tenía familiares cercanos que vivían en una finca en Santa Fe de Veraguas, cerca del río Santa María. Donna, sin pensarlo, se trasladó al sitio pues tenía el presentimiento de que estaba viva. Cuando llegó a un caserío por los límites del distrito norteño la envia-

ron donde un curandero, un anciano que caminaba con dificultad.

— ¿Mariana Andersen? Yo conocí a esa chica cuando vino una vez en compañía del padre Héctor Gallegos[1] y era estudiante de medicina en ese entonces. Solía acompañarlo al campo en sus giras organizando cooperativas de campesinos que se dedicaban al cultivo del café para que ellos pudieran vender más fácilmente sus productos. La vi atender a muchas personas enfermas y me enseñó todo lo que pudo de la medicina tradicional. Una vez dijo: "¿Cómo pueden los cristianos ser tan indiferentes a las injusticias y al dolor humano? No he vuelto a verla hace muchos años.

También le habló de un padre Jacinto Aparicio que oficiaba misa en el corregimiento de San Juan de San Francisco de la Montaña cada quince días. Donna lo buscó, lo encontró en Santiago y éste le contó que Mariana era un ser maravilloso, que una vez la invitó a Calovébora, un caserío en la costa atlántica de Veraguas donde la querían mucho.

— Es posible que esté allá, pero vaya usted a Las Guías, —le dijo el padre Jacinto—, por Jaguito, en el distrito de Calobre. Por esos lados hablan de una mujer muy valiente de nombre Felicia García, de quien dicen que murió en combate en la batalla de Gamboa. En la

(1) Sacerdote desaparecido durante el gobierno militar.

entrada del poblado le han levantado una cruz y, cosa extraña, nadie sabe quién lo hizo, pero lo cierto es que de día desaparece y de noche alumbra. ¡Un verdadero misterio! Pueda que le digan algo.

Esa misma tarde, Donna tomó un bus en el terminal de Santiago y se dirigió al lugar señalado. Estaban en plena recolección. En la carretera había trozos de caña que habían caído de los camiones y las carretas que se dirigían a los ingenios Santa Rosa, Ofelina y La Victoria. Una vía curtida de polvo amarillo que se impregnaba en las orillas bajo un cielo denso, inmóvil, sin nubes. Las acequias, que serpenteaban por la llanura, llevaban el agua fresca a los cañaverales que se extendían en la muda soledad del paisaje.

Cuando cruzó la Plaza Alcalde Franco en Las Guías y preguntó por la familia que buscaba le señalaron al frente una casita de quincha y teja con un portal pequeño. Recostados contra la pared había taburetes, sillas de cuero y madera muy usados. La invitaron a sentarse y entonces una joven que mandaron a buscar comenzó a narrarle episodios de la guerra de diciembre. Esta muchacha había trabajado junto a Felicia García en el Batallón Rufina Alfaro y estaba próxima a casarse con un soldado del Batallón Dos Mil, que ahora trabajaba para la Fuerza Pública en la ciudad de Colón.

Donna escuchó relatos como el de la muerte de esa heroica muchacha que cayó frente a la parada del tren en

Gamboa, en pleno llano, mientras se batía cuerpo a cuerpo con un soldado gringo. Fue tan valiente en el combate que el oficial que dirigió la operación le brindó un saludo militar en homenaje a su hazaña. Felicia llevaba un pañuelo tricolor con los colores de la bandera panameña.

La joven siguió contando episodios y dijo que a eso de las 9 de la mañana del día 20 escucharon una gran cantidad de helicópteros que volaban casi rozando los árboles en dirección a la capital. Después oyeron unos estruendos sobre el cuartel de la Policía Forestal, una instalación de madera sin ninguna protección real. Los estadounidenses atacaron con bombas muy potentes pidiendo que se rindieran y los primeros en salir fueron tres policías con las manos en alto, pero allí mismo fueron masacrados. Esto provocó que los que estaban dentro contestaran el fuego y gritaban ¡Viva Panamá! Los invasores duplicaron el poderío del asalto pero los policías no se rindieron. Por el contrario, se lanzaron encima disparando en forma desesperada con lo que consiguieron escapar metiéndose en el monte. Los gringos, evitando sufrir bajas, los persiguieron pero no los encontraron.

Gamboa es una especie de isla rodeada por un lago y allí había una avanzada ofensiva para el ataque a la capital. Algunas mujeres del cuartel femenino, luego de hacer resistencia, lograron penetrar en la selva mientras otras recibieron protección de los residentes de la comunidad. Después, sólo se oían explosiones en las montañas y en la orilla del Canal.

ROMANCE DE LA CRUZ ANÓNIMA

En una cruz sin labrar,
sobre una tumba vacía,
grabada con un puñal
está escrita una agonía.

El nombre que lleva el viento
dice Felicia García,
que allá murió por Gamboa
como tantas campesinas.
Fue en aquel mes de diciembre
de un veinte, que sangre pringa.

Eran doscientas muchachas
del Batallón de Rufina,
de aquella Rufina Alfaro
que por la historia se guinda
con sueños de patria libre
y gritos de patria herida.

El veintiuno de diciembre
pasada ya la sangría,
en tinacos de basura
y en bolsas de negra tinta,
recogieron mil pedazos
de las muchachas bravías,
que de verdad se enfrentaron
a la maquinaria gringa.

Una boina verde olivo
volteada sobre una silla,
quedó intacta del combate
como punzante reliquia;
adentro estaba una carta,
al lado una muñequita
y por el llano tirados
pantalones de fatiga,
hilachas de falda gris
con manchas de sangre viva.

Eran doscientas muchachas
que se jugaron la vida,
tan cerca de Navidad,
tan lejos de la justicia.

Hoy que regresé al poblado,
al mirar la serranía,
me detuve ante la cruz
que guarda la letra rústica.
Y pronuncié esta oración
que salió en cuadernavía,
por las doscientas muchachas
y por Felicia García.
Esto fue allá por Calobre
a la entrada de Las Guías.

El poema envolvió con profundo impacto a Donna y a todos los presentes. El padre de Felicia le dijo que se quedara a dormir en la casa y que en la madrugada la llevaría en su camión a Santa Fe, donde tenía un amigo que le serviría de guía. Había otra ruta por el Valle de Cañazas,

pero él prefería dejarla en buenas manos con un hombre de confianza conocedor del terreno. Eran dos días de camino. Una parte en mula, otra a pie y la última en canoa. Pasarían por el Pantano, el Guabal, y allí se irían por el río Luis. Así hicieron la travesía y llegaron en la mañana cansados y hambrientos.

Donna comenzó de inmediato su tarea. Una señora le dijo que sí la conocía, que de pronto se aparecía, curaba enfermos y se iba. Que en la casa de Evaristo Castillo, un pescador que vivía en las afueras del villorrio, le darían más detalles. Allá fue y el hombre le dijo que la última vez que la vio fue cuando llegó al mismo tiempo un bote fuera de borda que trajo una mujer muy bella con quemaduras de segundo grado en la piel y que le faltaban tres dedos de la mano. Después supo que era la esposa de un jefe guerrillero colombiano buscada por el ejército, que le tenían una redada en los aeropuertos y la única salida que tenía era por mar. Una mujer educada de clase media alta que había perdido los dedos cuando a su compañero lo detuvieron en un retén y descubrieron su identidad. Lo tenían encañonado cuando ella se abalanzó contra el soldado desviando el cañón del arma e hiriéndola en la mano. Arrancaron a toda velocidad y se salvaron.

En otras ocasiones, se trataba de guerrilleros enfermos de parasitosis y de leishmaniasis, una enfermedad cutánea que requiere medicamentos restringidos.

No obstante su insistencia en negar que no la había vuelto a ver, el pescador le dijo que había oído mencionar

que hacía poco había pasado una mujer con las mismas características de Mariana. La habían recogido de noche en la playa y la llevaron mar adentro.

Era probable que hubiese sido ella que conocía bien el lugar y tenía muchas amistades, pero aclaraba que no podía asegurar nada. También se comentó que la mujer quería llegar a las costas colombianas para de allí seguir hacia Argentina. Le sorprendía, claro, que si hubiese sido la doctora no fuera a saludarlo a su casa como lo hacía siempre.

Fuera lo que fuese, Donna no obtuvo ninguna información valedera y todo se limitó a suposiciones. Decidió regresar a Panamá y entonces hizo el viaje por la provincia de Colón que era mucho más cómodo, en un barquichuelo de cabotaje que viaja desde Bocas del Toro.

La noticia fue catastrófica para Nené que la quería entrañablemente. Donna le explicó las dificultades pasadas en el trayecto pero todo fue inútil. Entró a la recámara retorcida por el dolor, se arrodilló ante la imagen de Cristo e imploró por su aparición.

Fue Mariana quien le ayudó en Buenos Aires cuando había caído gravemente enferma en el hospital donde hacía su práctica profesional, luego de una paliza que le dieron después de una manifestación por el derecho a la vida de los desarrapados de Villa Miserias. Dada de alta en el nosocomio, Mariana le dio protección en su apartamento de la Calle Corrientes y después la amistad se afianzó hasta que la trajo a Panamá pasado su divorcio.

— Es el corazón más lindo del mundo, a veces pienso que se fue al sur, dijo Nené.

— Pero hubiese llamado. La encontraré, estoy segura. Ese fue el compromiso y tengo que cumplirlo, dijo Donna.

Entonces, le contó lo sucedido cuando estaban en los cerros de Ojo de Agua bajo el bombardeo de los aviones. En el momento de separarse hicieron un pacto: si alguno sobrevivía buscaría los cuerpos de los otros, avisaría a sus familiares y los enterrarían como debía ser. De allí la responsabilidad de cumplir con la palabra empeñada. Esa vez se intercambiaron direcciones, teléfonos y nombres de seres queridos.

Mariana le contó a Donna cómo fue la muerte de Alejandro y Federico, le habló de sus hijos y su familia, de la vida de Nené, esa mujer sufrida que perdió a su esposo en los combates de Tucumán durante el régimen militar argentino y de la forma como fue torturada, metiéndole ratones de laboratorio en la vagina.

— La vas a querer mucho si llegas a conocerla, le dijo.

Y así fue. Nené recibió la llamada de Donna días después diciéndole que tenía un recado para ella y desde entonces planificaron la búsqueda de Mariana. La invitó a conocer la casa y en el estudio había cuadros hechos por ella y retratos del padre Héctor Gallegos, Camilo Torres, Juan XXIII, Simón Bolívar, José Martí, Lincoln, Sor Juana Inés de la Cruz y Santiago Ramón y Cajal. Bajo el vi-

drio del escritorio un pensamiento que decía: "En contra de toda esclavitud..." También tenía afiches de los movimientos que protegen la naturaleza y dos retratos grandes de sus hijos y de sus padres.

Nené le insistió en darle dinero para que reforzara la búsqueda pero ella le contestó que no lo aceptaba, que se las arreglaría sola... Se levantó de la silla, le extendió la mano y le comunicó que la tendría informada.

— ¡Vaya con Dios, mujer!, dijo la argentina y agregó:

— ¡Usted representa el ultraje al país mutilado, el coraje y la esperanza! ¡Usted es Panamá!

La expresión se le metió en el alma. La entendió como un mensaje directo y se comparó mentalmente:

"¡Soy una mujer mutilada y Panamá es un país mutilado!, pero los dos estamos vivos!"

En Donna comenzó a evolucionar ese simbolismo en su rústica concepción del universo. Entonces se sintió más comprometida a rescatar el legado que le dejó Mariana en un ejemplo de dignidad y valentía.

— Bueno, ahora sí me despido.

Antes de partir sacó de su cartera un papel que le entregó doblado.

— Son unos versos que saloman[3] en las cantaderas populares.

---

(3) Grito del canto folclórico panameño.

Nené abrió las páginas y los leyó.

— Espera, le dijo.

Y se abrazó a ella y lloró como nunca antes lo había hecho, como si se abrieran las compuertas de su corazón aprisionado por dolores remotos. Donna le acarició la cabeza con sus manos. Mientras permanecían unidas por el llanto un fuerte viento arrancó las hojas de las manos de Nené y se las llevó hasta hacerlas desaparecer en el espacio azul de la bahía. Los versos decían:

ROMANCE DE MARIANA ANDERSEN

De la guerra de diciembre
cuentan una historia extraña,
la historia de una doctora
que murió en una emboscada,
mientras curaba un herido
a orillas de una quebrada,
entre colinas brumosas
en el Pueblo de Ojo de Agua,
por el camino a Colón
cerca de la madrugada.

Nadie supo cómo vino,
unos dicen que en Samaria
enfermos la conocieron
y que solitaria andaba,
que tenía los ojos tristes,
que su nombre era Mariana,
Andersen su apellido,
que era bajita y delgada,
que su cuerpo se perdió
después de aquella batalla.
Que Donna, una negra líder
esa vez la acompañaba.

Fue el veintidós de diciembre,
una fecha ensangrentada,
fecha oscura de fusiles,
fecha densa presagiada,
fecha dura sin olvido,
fecha gris sin esperanza,
fecha de dolores llena,

fecha de sangre amasada
con muertos que sepultaron
en tumbas que no se hallan.

Narra la gente que vive
en el pueblo de Ojo de Agua,
que aquellos cuerpos caídos
luego no los encontraban,
que después de ametrallados
casi todos los echaban
en un aparato negro
que parecía un fantasma.
Que hacía un vuelo sombrío
como una maldita águila.

Los veintidós de diciembre
cuando la noche es amarga,
dice que viene en la brisa
de aquellas colinas blancas,
una voz que canta el himno

de la patria desgarrada
y que la voz se acrecienta,
que se diluye entre lágrimas
más allá de Cerro Azul,
arriba de la montaña.

Sólo quedó la leyenda
de aquella doctora amada,
que allí apareció de pronto
que nunca volvió a su casa,
que está desaparecida
sin rastro ni una palabra,
como tantos que murieron
sin dejar huellas ni nada.

FIN